

timas inclinaciones y aversiones naturales: es necesario consentir en la inmolacion del amor propio y en la destruccion de este desdichado *yo*, que reside aún mas profundamente en el corazon que en el espíritu.

El conocimiento y el gusto del interior de Jesus dista mucho todavía de su imitacion. Aun despues de haber alcanzado en la oracion y en la comunión las luces mas sublimes y los mas heroicos sentimientos, cuando es necesario descender á la práctica, ¡qué resistencia! ¡qué debilidad! ¡qué tentaciones de abandonar lo todo! Se empieza, se deja, se vuelve á tomar, se abandona de nuevo; nada se hace hasta que se determina firmemente renunciarse á sí en todo y para siempre. No quiero decir por esto que se llegue de una sola vez á esta renuncia efectiva, absoluta y perfecta en todas las cosas; mas es preciso dirigirse siempre á ella, y ayudar á la gracia con todo nuestro poder: es menester luchar sin descanso con todos los esfuerzos contra la naturaleza: hemos de dejar á Dios que haga en nosotros lo que no pudiéramos hacer por nosotros mismos: hemos de sufrir que sus operaciones crucifiquen y destruyan en nosotros todos los afectos de la carne, hasta que la naturaleza espire, si queremos reproducir en nosotros una copia fiel del divino original que se nos presenta en la montaña del Calvario.

Hé aquí cuanto tenia que decir sobre el interior de Jesus. Es muy poco, es nada en comparacion de lo que es en realidad; mas hagamos uso de las luces que poseemos, que ya adquiriremos mayores á medida que váyamos adelantando. Así que, creciendo de dia en dia las luces con nuestros progresos, y nuestros progresos con las luces, nuestra fidelidad, nuestro ánimo, nuestro generoso desinterés nos elevarán hasta la conformidad que Dios quiere que tengamos con su Hijo unigénito. Así sea.

FIN DEL INTERIOR DE JESUS.

EL
INTERIOR DE MARIA.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA.

EL Verbo divino de toda eternidad puso los ojos en María para hacerla Madre suya; por lo mismo no puede dudarse que al criarla distinguió su alma con todos los privilegios, y la enriqueció con todas las gracias que á tan alta dignidad convenian, la mas grande á que puede ser sublimada una simple criatura. Así pues, es creencia comun de la Iglesia, aunque no sea un artículo de fe * que la santa Virgen, sola entre todos los hijos de Adán, fué exenta del pecado original y de todas sus consecuencias; que fué concebida en gracia santificante y en un estado de santidad, que atrajo sobre sí las complacencias del Altísimo. Es tambien de creer que ella gozó del uso de su razon mucho tiempo antes que los demas niños, tal vez en el instante de su nacimiento, ó quizas en el de union del alma con el cuerpo. Porque todo lo que pudo hacer el Verbo en favor de aquella

* Cuando escribia el autor no lo era; pero ahora lo es.

que en el tiempo debia ser su Madre, es muy justo pensar que lo hizo; y en esta parte no debemos temer adelantar demasiado el pensamiento.

Esto supuesto, es una verdad que María, en el primer instante de su concepcion, se hallaba en una disposicion de santidad superior á la de todos los ángeles y de todos los hombres; y que desde aquel entonces ha estado en disposicion de glorificar á Dios de una manera mas excelente que todas las demas criaturas juntas; que en ella nada la inclinaba al mal, y que todo la conducia al bien sobrenatural el mas perfecto, en cuanto se lo permitian la edad y las circunstancias; que sin ser impecable por naturaleza, lo cual no pertenece sino á Dios, lo fué por la gracia, hasta el punto de no hacerse nunca culpable de la menor imperfeccion voluntaria.

Formémonos por aquí, si posible es, la idea del naciente interior de María: un entendimiento alumbrado con las luces mas puras; una voluntad recta, enteramente conforme en todo con la de Dios; una libertad mas perfecta que la de los ángeles y de Adán en el estado de inocencia, de que no solamente no debia abusar, sino que debia hacer é hizo continuamente el uso mas excelente; nada de ignorancia, nada de concupiscencia, que son los dos mayores males de la naturaleza humana, y la fuente de todos los demas; pasiones siempre arregladas, siempre en orden, siempre conspirando con la razon y la gracia; una carne tan pura, tan santa, que fué digna de ser algun dia la carne del Hombre Dios; un grado eminente de gracia santificante; gracias actuales de un orden superior para todos sus pensamientos, afectos y acciones; ninguna mala inclinacion; ningun hábito vicioso por dentro, ninguna tentacion por defuera; un extremado horror á todo mal, aun el mas leve; un atractivo, un gusto, una facilidad inexplicables para todas las virtudes; una union continua con Dios, un sacrificio absoluto á sus voluntades, una fidelidad inviolable á la gracia, un olvido total de sí misma, una intencion de una pureza inefable, que todo lo dirigia sin excep-

cion y sin reserva á la mayor gloria de Dios, y que la hacia muy superior á todo motivo de mérito, de santidad personal, de recompensa: tales fueron los primeros delineamientos del interior de María.

Y es un punto de fe que este interior, tan perfecto desde un principio, fué tomando siempre nuevas creces, creces proporcionadas á su primera perfeccion, creces tan rápidas y tan grandes como era posible. ¡Cuál era pues el interior de María en el curso de su vida! ¡Cuál seria al exhalar su último suspiro!

Figúrome ver lo que pasa en este momento dentro de vosotros. ¿Cómo, os decís, podré yo imitar tan cumplido modelo? Menester fuera para ello haber recibido las mismas gracias que María. Pero bien os será posible á vos, N., imitar á María, pues que en el Evangelio se os propone imitar á Jesucristo, modelo infinitamente mas cumplido y que la predestinacion de todos nosotros se funda en la conformidad que tendremos con Jesucristo. ¿Estamos acaso autorizados á dispensarnos de esta imitacion, porque no hemos recibido como Jesucristo la gracia inefable de la union hipostática? Ciertamente es que Dios no nos exige que nos acerquemos á la perfeccion de Jesus y de María, sino á medida de la gracia que se nos habrá concedido. Mas lo que propiamente santificó á María no fué el solo privilegio de su immaculada concepcion, ni precisamente el grado eminente de gracia santificante que le fué desde luego comunicada, sino tambien el acto libre por el cual se consagró á Dios desde el primer instante de su razon; su perseverancia irrevocable en aquella consagracion que nunca volvió atras, y su inviolable fidelidad á todas las gracias actuales. ¿No podeis consagraros á Dios como ella, aunque no sea tan perfectamente? ¿No podeis esforzaros para persistir en este espontáneo sacrificio como ella, y condenar y revocar todos los reparos de que pudiérais ser culpable? ¿No podeis en cada ocasion corresponder á la gracia y echaros en cara las menores infidelidades que os escaparen? Haced esto, y sereis una verdadera imitadora de María. Si á ella Dios le dió mas, tam-

bien exigió mas de ella, la cual llenó á su vez la medida de perfeccion que Dios de ella esperaba. Dad como ella á proporcion de lo que hubiéreis recibido: tened de ello una buena y decidida voluntad, humillaos de las faltas que cometiéreis, y reparadlas volviendo amorosamente á Dios. Esto es todo cuanto de vos se exige. ¿No veis que los modelos que Dios nos propone deben ser de todo punto perfectos, y que si no lo fuesen no serian dignos de él? Mas por perfectos que sean, no son menos proporcionados á nuestra debilidad, la cual tiene todos los socorros necesarios para acercarse á ellos. Si Dios nos negase estos socorros, no seria justo y pudiéramos quejarnos de él. Nada nos falta, empero, por su parte, y nosotros no podemos inculpar sino nuestra flojedad. Estudiad, pues, aquello en que María es imitable, é invocando su proteccion poderosa trabajad con todo vuestro poder á parecérosle.

CAPITULO II.

DE LA PRESENTACION DE MARÍA EN EL TEMPLO,

Es una antigua tradicion, cuya memoria celebra la Iglesia por medio de una fiesta particular, que María desde su mas tierna edad fué presentada al templo por sus padres y consagrada al servicio de Dios, como el niño Samuel lo habia sido tantos siglos antes por su madre.

¿Cuáles fueron los sentimientos de María en esta nueva consagracion de sí misma, y qué sentimientos le infundió Dios entonces en el corazon? No podemos dudar de que sus disposiciones y sus sentimientos fuesen tan perfectos como su edad y su gracia lo permitian, y aún que en este acto tan importante no recibiese un aumento de gracia de que se valió para crecer su santidad. Así, pues, desde entonces en adelante, á la sombra del

santuario, oculta á las miradas de los hombres, ocupada únicamente en Dios y en su culto, fué haciendo cada dia progresos inmensos en la vida interior, y sin saberlo se fué preparando para la alta dignidad á que Dios la destinaba. Los designios de Dios sobre ella le eran desconocidos; mas ella se dejaba conducir por sus inspiraciones, sin pensar en otra cosa que en unirse mas y mas á él, y sin otra pretension que conservarse en su humildad y en su nada, siendo conocida de Dios solo é ignorada de todos los demas.

Vida oscura, vida pasada en el recogimiento, en el silencio, en el retiro; vida que solo tiene á los ángeles por testigos; vida que se oculta con cuidado á los demas y hasta á sí propio, ¡cuán preciosa eres á los ojos de Dios! No conocen tu precio los hombres, incapaces son de estimarte por lo que vales. La piedad mal entendida busca cómo manifestarse so pretexto de edificar; la verdadera piedad busca lo mas que puede el ocultarse; si se deja ver es por necesidad, en tanto que lo exigen la gloria de Dios ó el bien del prójimo, y tan presto como puede, desaparece.

María en el recinto del templo fué un tesoro de virtudes desconocido á sus mismas compañeras y á todos cuantos con ella vivian. No hablaba de sí, ni descubria públicamente sus sentimientos interiores. Sencilla, natural sin afectacion, no se distinguia en lo exterior por nada de extraordinario: con la santidad mas sublime llevaba exteriormente una vida comun, y encerrándolo todo dentro de sí se dedicaba á no hacerse notable. Sin duda que edificaba cuando menos pensaba en edificar; mas hubieran sido menester unos ojos muy penetrantes para sospechar lo que ella era. Y ¿cómo lo hubieran descubierto los demas? Ella misma lo ignoraba.

Si Dios os llama, N.,... al estado religioso, haced que vuestra entrada en el claustro sea para vos lo que fué para María su presentacion al templo. Consagraos allí á Dios como ella, y no os ocupeis sino en la oracion y en la mortificacion. Mas sea vuestro interior sellado como el de María, y no lo deis á conocer

sino á aquellos que deben conducirnos y hasta el punto que sea necesario. Por lo demas, vida sencilla, vida comun, nada que llame la atencion, ninguna comunicacion exterior sino cuando os sea indispensable, olvido perfecto del mundo y de todo cuanto pasa en él. No tengais mas ambicion que la de las miradas de Dios, aspirad á ser ignorada de todos los hombres. Estad como María, penetrada de vuestra nada; no penseis en vos, y haced sencillamente todo lo que podais para que los demas no piensen en vos.

CAPITULO III.

SU VOTO DE VIRGINIDAD.

No sabemos en qué edad consagró María su virginidad á Dios, pero no cabe duda en que ella hizo esta consagracion por una inspiracion muy especial del Espíritu Santo, y con un pleno y perfecto conocimiento de todas las consecuencias de esta promesa.

No habia en toda su nacion un solo ejemplo de un voto de esta naturaleza. Todos los judíos de uno y de otro sexo contraian matrimonio, tanto los de la tribu de Leví destinados al servicio del templo, como los demas, sin exceptuar los sacerdotes y hasta el sumo sacerdote. La hija de Jefté, condenada á morir por el voto temerario de su padre, nada mas sentia que el morir virgen y le pidió el permiso antes de su sacrificio de retirarse á los montes para llorar su virginidad con sus compañeras. En general, la esterilidad entre los judíos pasaba por un oprobio, y el mas ardiente deseo de las mujeres era el llegar á ser madres. Así, pues, María se oponia al espíritu de su pueblo y se condenaba á un especie de oprobio.

Y ademas el sacrificio de María no debe considerarse por el

punto de vista de los placeres y de las ventajas del matrimonio. No tenia ella concupiscencia ni sentia aliciente alguno á la union conyugal, y por esta parte nada le costó su voto. Tampoco tenia el menor apego á las cosas de la tierra, ni buscaba en ella ningun acomodamiento humano. Contenta con tener á Dios de su parte, era muy superior á la consideracion, al apoyo, á los consuelos, á los recursos que las personas de su sexo hallan en el matrimonio, y consentia de todo su corazon á vivir sola, oculta, sin relacion alguna exterior, en la estrechez y en aquella especie de esclavitud á que se sujeta el estado de virgen.

Lo que sacrificó á Dios en aquel entonces era de mucha mayor importancia. Ella era de la tribu de Judá, y no ignoraba que de esta tribu debia salir el Mesías. Era de la familia de David, y sabia que el Mesías debia nacer de aquella estirpe. Concordes estaban, por fin, varias profecias en hacer mirar como muy próxima la venida del Mesías en el tiempo en que vivia ella. Tal era la esperanza no solo de los judíos sino tambien de los samaritanos. Cuando pareció Juan Bautista, los judíos enviaron á preguntarle si era él el Mesías; y la mujer de Samaria dijo tambien á Jesucristo: *El Mesías está para venir, él nos lo declarará todo.* Por último, nadie pensaba que este Mesías debiese nacer de una virgen y no se hacia ningun caso de la prediccion de Isaías que expresamente lo anunciaba. María al consagrarse á la castidad, renunció, pues, siguiendo las ideas de su nacion á la esperanza mas bien fundada que pudo concebirse jamas de ser madre del Mesías; renunció á ella con pleno conocimiento de lo que hacia; renunció por una humildad la mas profunda, juzgándose absolutamente indigna de un tal favor; y aún cuando ella lo hubiera visto nacer de cualquiera otra no le hubiera tenido la menor envidia.

Tales son los sentimientos que el mismo Dios habia puesto en su corazon, tal era la renuncia interior y exterior por cuyo medio la preparaba á la maternidad divina. ¡Oh Dios mio, cuánto distan vuestros pensamientos de los nuestros! Vuestra sabiduría

tiende á su fin por unos caminos que nos parecen directamente opuestos á él. ¿Quién entonces hubiera podido creer que el estado de virginidad desconocido á los judíos, y entre ellos despreciado, fuese el medio escogido por Dios, la condicion necesaria para llegar á ser la Madre del Hombre Dios, y que para ser elevada á esta dignidad hubiese sido necesario renunciar á ella?

Por un milagro único, y que no debe ya repetirse mas, Dios tornó fecunda la virginidad en la persona de María. Mas él se sirve aún todos los dias de vírgenes que le están consagradas para hacerlas madres espirituales y darles hijos de gracia. Para merecer este favor es menester, como María, no pensar en él, creerse indigno de él, renunciarlo en cierto modo, no procurando mas que para la propia perfeccion, sin entrometerse en la de los demas sino cuando hay obligacion de ello. Los designios de Dios sobre una alma tan humilde, tan retirada y encerrada en sí misma, se manifestarán á su tiempo: ya sabrá Dios servirse de ella para su gloria y para la santificacion de los otros. Olvidémonos, no nos contemos para nada ni nos creamos buenos para nada. Sobre la nada Dios se complace en trabajar; de la nada lo hizo Dios todo. Debemos ser infinitamente celosos por la gloria de Dios y al mismo tiempo creernos incapaces de procurarla. Abismémonos en nuestra bajeza, perdámonos en la oscuridad, dejemos á Dios el cuidado de emplearnos y de sacar su gloria de nosotros como mejor le plazca, él lo conseguirá por vías enteramente opuestas á las que pudiéramos imaginar. María vino á ser, despues de Jesucristo, el mayor instrumento de la gloria de Dios; y en cuanto á sí misma, nunca pensó María sino en anonadarse. Su humildad parecia ser un obstáculo á las miras que Dios tenia sobre ella, y al contrario, ella lo conducia todo á su cumplimiento.

CAPITULO IV.

SU DESPOSORIO CON SAN JOSÉ.

EL voto de virginidad siendo en aquel tiempo una cosa extraordinaria, quedó como un secreto entre Dios y María, y no hay la menor apariencia de que lo comunicase á sus padres supuesto que aún viviesen, pues por piadosos que fueran es probable que se hubieran opuesto á ello, segun las ideas recibidas en su nacion. Mas Dios que queria ocultar por algun tiempo á los hombres el conocimiento de la concepcion y del nacimiento milagroso de Jesucristo, y cubrir este prodigio bajo el velo del matrimonio, inspiró á José la idea de pedir á María á sus padres para esposa. Era, así como ella, de la tribu de Judá y de la estirpe de David. Sus padres se la concedieron, y la ceremonia de los esponsales y tal vez la del matrimonio fué celebrada antes de la embajada del ángel Gabriel.

María, pues, se vió obligada á declarar su voto á José, exigiendo de él la palabra de que no atentaria contra aquel; que viviria con ella en una perfecta pureza, y solo bajo esta condicion le admitió por esposo. José por su parte se comprometió tambien á la virginidad, y fué un ejemplo único, un espectáculo de júbilo y asombro para el cielo el de un matrimonio de dos esposos resueltos á unirse y permanecer vírgenes.

Mas aunque José fuese un *hombre justo*, y que María tuviese todos los motivos imaginables para contar sobre su promesa, tuvo sin duda necesidad de una gran confianza en Dios, y de un gran abandono de sí misma para entregarse así á la fe de un hombre; para consentir en vivir y en habitar con él en la libertad, franqueza é intimidad que lleva consigo la union conyugal; para darle en lo exterior todo derecho sobre ella, y creer al mismo tiempo que su castidad no corria el menor peligro. Hasta

entonces habia vivido oculta á los ojos de los hombres, y héla aquí entregada en las manos y á la merced de un hombre que se enlaza con ella, y á quien, bajo el título de esposo, toma por custodia de su castidad. José correspondió bellamente al concepto que María habia formado de él. Mas para comprender hasta qué punto se abandonó María á Dios en tan delicada coyuntura, que tan importantes consecuencias debia tener para el resto de su vida, seria menester concebir cuán extremadamente amaba ella la pureza, y cuán celosa estaba de conservarla sin la menor mancha. Y sin embargo, conservándola así, era preciso salvar en lo exterior todas las apariencias y aparentar que vivia con José como otra esposa cualquiera; es decir, que su union fué á la vez muy estrecha, muy cordial, muy familiar y muy santa.

Tal es la prueba á la que puso Dios la virtud de María, antes de anunciarle sus designios sobre ella. Para resolverse á entrar en este empeño, cuyo misterio ignoraba todavía, no tomó mas consejo que de Dios, obedeciendo á sus padres, que tenian derecho para disponer de ella, ignorando el voto que habia hecho: esperó que Dios la protegeria, sin darse cuidado por los medios, y que proveeria para el entero cumplimiento de su voto. Así que no tuvo la menor desconfianza, ni sospecha, ni sombra de ocurrencia con respecto á José, y se entregó á él con la misma seguridad con que se hubiera entregado á un ángel.

¿Qué nos enseña aquí María? A no racionar sobre la voluntad de Dios cuando nos es suficientemente manifestada; á no imaginarnos peligro alguno para nosotros cuando él mismo es quien nos expone; á confiarle sin temor nuestros mas caros intereses, y á creer que no cuidará menos de ellos que nosotros mismos. La vida interior es una vida toda de fe, toda de abandono: ella no consulta ni sigue las reglas de la prudencia humana. Entonces se vive bajo el imperio de la gracia: á ella sola debe escucharse, sin otra direccion que la de la obediencia. Si María hubiese tenido propio discernimiento, propia voluntad, jamas hubiera consentido en desposarse con José. Si hubiera dado of-

á su razon, no hubiera creido poder consentir en ello, sin exponer su virginidad y sin faltar á su voto. Fácil le hubiera sido justificar á sus propios ojos su negativa; no le faltaban ciertamente razones las mas fuertes en apariencia, y no podia prever lo que debia acontecer. Y no obstante hubiera obrado mal, y hubiera resistido á la voluntad de Dios. Nosotros lo juzgamos ahora así porque lo vemos por el suceso. Pero el suceso que nos es desconocido, y que hasta nos es imposible sospechar, no puede ser la regla de nuestra conducta; de otra necesitamos, y esta regla es el abandono á la voluntad de Dios, suceda lo que suceda: es el sacrificio de todo racionio á la fe. Observad bien todo el decurso de la vida de María, y vereis que se dejó guiar en todo por la fe, posponiendo todo racionio.

CAPITULO V.

EMBAJADA DEL ÁNGEL GABRIEL.

MARÍA estaba retirada en Nazaret, pequeña ciudad de Galilea, territorio el mas oscuro y el mas pobre de la Judea: allí vivia del trabajo de José que era carpintero, y desempeñaba por sí misma los quehaceres de la humilde casa. Dios habia preparado estas circunstancias de toda la eternidad, y habia escogido esta ciudad, esta tienda y este miserable recinto para hacer de él el teatro de sus maravillas. Despacha para esta virgen no un ángel ordinario, sino un arcángel, para anunciarle que él habia puesto en ella los ojos, con el fin de hacerla Madre del libertador del género humano. ¡Y qué, Dios mio! ¡Vos habeis prometido á David que el Mesías saldria de su sangre, y esperais, para cumplir vuestra promesa, que esta sangre haya caido en la condicion mas abyecta! ¡Un artesano, confinado á un rincon de la Judea, será reputado el padre de vuestro Hijo único, y su Madre El Interior.